

ENCUENTROS EN LA TERCERA FASE... DE UNA PANDEMIA

Laura Orta

Saludos extraterrestres, bienvenido al planeta Tierra.

Es posible que te haya sorprendido ver tan pocos terrícolas por las calles, casi vacías de cualquier tipo de actividad. Y a los pocos que puedes encontrar van tapados de pies a cabeza, y con unas “cosas” que cubren sus manos y sus bocas (nosotros lo llamamos guantes y mascarillas). Todo ello se debe a una situación excepcional que estamos viviendo a lo largo y ancho de todo el planeta. Podemos decir, que nuestro mundo está casi paralizado. Las personas entendidas, es decir aquéllas que saben mucho sobre algo, han culpado de esta situación excepcional a un microorganismo denominado “coronavirus”, o en palabras más técnicas: COVID-19. Éste es un bichito, diminuto, imperceptible para el ojo humano, que muta dentro de nuestros cuerpos. Pero no lo subestimes por su tamaño, pues está acabando con la vida de miles y miles de personas. Aunque algunos de esos entendidos ya nos avisaron de lo que se nos venía encima, pues este COVID-19 apareció por primera en China, uno de los países más grandes, poderosos y con mayor número de población de este planeta. Y, a pesar de esta situación, muchos políticos y personas que mandan y dirigen cada país no actuaron a tiempo.

Sin embargo, no te asustes. Este virus no ha llegado a todos los países a la vez, sino que se originó en un punto concreto y de ahí ha ido viajando, dentro del cuerpo de algunos de nosotros, hasta extenderse por todos lados. Ello ha hecho que algunos gobiernos, viendo lo que sucedía en otros lugares, tomaran medidas con antelación. Tampoco es la primera vez que tenemos una pandemia mundial. A lo largo de nuestra historia hemos sufrido enfermedades que acabaron con millones y millones de personas, la diferencia es que, en esta ocasión, gracias a la tecnología, podemos saber lo que ocurre en cualquier lugar en tiempo real. Eso es bueno. Está bien saber qué precauciones están tomando otros países y tomar ejemplo de ello, o incluso ponerse de acuerdo entre todos los países para ayudarse unos a otros. Eso sería maravilloso. Sin embargo, todo este flujo de información nos está llevando a una situación de pánico y paranoia, en la que nos cuesta distinguir qué información es real y cuál no.

Tenemos miedo, miedo a la muerte, pero también mucho miedo a la situación de crisis que se nos avecina por tener el mundo paralizado, económicamente hablando. Y es que, no te lo he dicho, pero la solución que los entendidos nos han recomendado, y finalmente parece que estamos cumpliendo en mayor o en menor medida, es el confinamiento. Es decir, quedarnos en casa y salir sólo en los casos imprescindibles (como ir a trabajar, a comprar comida y sustento y poco más). Aquellas personas que pueden salir a trabajar es porque sus trabajos son considerados esenciales, como los médicos y enfermeros, personal de las tiendas de alimentación y farmacias, policías, transportistas, periodistas e incluso



personal de correos (aquellos que hacen posible que las comunicaciones escritas nos lleguen a casa). Otras muchas personas, como profesores, asistentes sociales, psicólogos... tienen que trabajar desde sus casas.

Ante esta situación excepcional, la epidemia del coronavirus está poniendo a prueba la reacción de los gobiernos nacionales que forman los engranajes de un sistema global que se está desquebrajando. Desde hace años los Estados se están volviendo menos relevantes en los asuntos mundiales, a favor de otros actores políticos que cobran mayor importancia en las estructuras globales. Pero cuando surgen nuevos peligros, como este virus que asola por todos lados, las personas buscan protección en sus gobiernos, ya que, al fin y al cabo, son éstos quienes gestionan sus recursos o la falta de ellos; pero también la información disponible, así como las medidas a tomar dentro de su propio territorio en contra de una actuación global frente a la pandemia. Esto también pone en relevancia la fragilidad de un sistema económico globalizado en el que la población se mueve alrededor del mundo para generar negocios, lo que ha ayudado a la propagación del virus, pero que ahora se encuentran con el problema de que las vías de comunicación, aéreas, fluviales y terrestres, están cerradas.

Es por ello por lo que las gobernanzas mundiales y los diferentes Estados, adaptándose a las situaciones actuales, deberían proceder en cooperación. La crisis del COVID-19 está ayudando en la desintegración de las gobernanzas mundiales, ya que grandes potencias como Estados Unidos han decidido actuar de forma unilateral; la Unión Europea no consigue coordinar a los países miembros en sus respuestas ante la pandemia, optando algunos incluso por maniobras individuales y poco solidarias; en Latinoamérica esta crisis humanitaria aparece tras varios conflictos sociales en diferentes países que ya pusieron en duda la licitud de sus gobiernos, echando en falta la puesta en marcha de mecanismo regionales que ayuden a resolver el problema. Si bien, cada vez hay más personas que se enfrentan a los gobiernos y exigen coordinación y solidaridad ante esta situación.

Por último, decirte que existen muchos colectivos, demasiados, que por la falta de recursos o su situación de aislamiento son más sensibles al contagio que otros, como refugiados, personas sin hogar, campesinos, reclusos, mujeres y niños en exclusión social, etc. De entre todos ellos voy a referirme a los Pueblos Indígenas, que si bien viven en todas las regiones del planeta, tomaré el ejemplo de los que habitan en América Latina. Aunque hoy en día muchos de ellos residen en las zonas urbanas de los países, otros se han mantenido en zonas alejadas, incluso aisladas, en las sierras, bosques y selvas, como el caso de la Amazonía que es una extensión tan grande de naturaleza que la consideramos el pulmón del nuestro planeta.

La gran vulnerabilidad de estas sociedades a las enfermedades del exterior, al no estar inmunizados contra muchas patologías, sobre todo en esas comunidades que decidieron aislarse voluntariamente, hace que el COVID-19 sea una gran amenaza para ellas. Así pues, desde las organizaciones y comunidades indígenas se ha hecho un llamamiento a los Estados exigiendo protección. Se ha solicitado atención médica, así como equipos y medicamentos y se demandan condiciones que garanticen la seguridad alimentaria. Se ha



pedido un protocolo para evitar la entrada de personas no indígenas (turistas, religiosos, vendedores ilegales...) en sus territorios, lo que ha conllevado el cierre de parques turísticos. Se ha solicitado la divulgación de recomendaciones y de información clara y oportuna, que no sea de corte “occidental”, donde se les muestran fotos de lavados de manos en grifos, cuando en muchos casos estas poblaciones no tienen agua potable en sus casas.

Esta crisis mundial nos desvela que, tras décadas de gobiernos neoliberales, la situación de vulnerabilidad y exclusión social de los Pueblos Indígenas no ha cambiado. Sin embargo, ante la falta de actuación de las políticas oficiales para garantizar la seguridad y la salud, estas personas han tomado las riendas de su propia defensa y han actuado en consonancia, por ejemplo, bloqueando grandes ríos evitando así que la pandemia se extienda a través de actividades ilegales por las vías fluviales. Se ha llevado a cabo la actuación de guardias indígenas para la protección y seguridad de sus pueblos, para proceder de manera rápida y eficaz. Algunos grupos, por su cosmovisión tradicional, han decidido no mencionar el nombre del virus y llevar a cabo trabajos para prevenir la enfermedad, así como el uso de huertas medicinales y de la medicina ancestral.

Otro gran problema añadido a la pandemia del COVID-19 en estas partes del mundo está directamente relacionado con la invasión de sus tierras. Los estragos de una enfermedad como esta entre los indígenas puede ser una oportunidad para que sectores agrícolas o industriales tomen el control de estas regiones, y se lucren de una explotación económica desenfrenada, provocando de esta manera la destrucción de las poblaciones que la habitan. Para algunos entendidos la falta de actuación conjunta entre gobiernos y organizaciones indígenas, ante la amenaza del coronavirus, podría significar un nuevo genocidio en lugares como la Amazonía brasileña, donde el presidente del país al que pertenece esta región anunció que “los propios indios quieren ser asimilados y poner sus tierras en situación económica”, algo que no es para nada verdad.

Así pues, el COVID-19 como amenaza a la salud pública nos evidencia la importancia de la cooperación, nacional e internacional, pero también regional, para manejar los desafíos transfronterizos.

Estimado o estimada extraterrestre, no te desesperes por todo esto que te he contado. Hay entendidos que opinan que esta crisis va a ser una oportunidad para aprender y encaminarnos hacia una globalización mejor y más democrática. Cuando esta situación excepcional acabe surgirá una nueva normalidad, hoy por hoy incierta para todos, con otras maneras de relacionarnos, de cuidarnos; nuevos miedos, pero también nuevos retos. Una nueva normalidad en la que la solidaridad debería convertirse en la bandera mundial y en la que los intereses económicos de unos pocos deberían invertirse en ayudar a la mayoría. Sin embargo, al igual que el mundo cambió después de atentados como el 11-S en pro de mayores controles de seguridad, es de suponer que algo parecido ocurra después de esta epidemia global.

